

ROSS LECKIE
ANIBAL

LA TRILOGÍA DE CARTAGO I



Magullado y derrotado, a las puertas de la muerte, Aníbal echa la vista atrás y recuerda sus orígenes en la costa norteafricana, pero también todas sus aventuras, triunfos y fracasos, hasta el momento de cruzar los Alpes. Desde la conciencia del guerrero, Leckie nos acerca a los pensamientos, convicciones y sentimientos de un general que cambió el rumbo de la historia y se ha convertido en un personaje legendario. La conciencia de Aníbal sufre a lo largo de la novela un giro intenso. Y esto, junto a la narración de las batallas contra los romanos, donde los conocimientos tácticos y estratégicos del autor se ponen al servicio de la perspicacia narrativa, conforman un relato duro, durísimo, tal como era la vida entonces. Con ello, Leckie no solo logra un nivel de profundidad excepcional en su análisis de la figura de Aníbal, sino que acerca al lector con insólita fuerza y dramatismo a su persona y a su tiempo. «La trilogía Cartago» está formada por tres novelas independientes que responden a un mismo hilo conductor y contiene todos los elementos de una buena novela histórica: ambientación, documentación, argumento compensado e intriga. Ross Leckie ha conseguido construir un sólido edificio literario partiendo de un hecho histórico conocido por todos (la destrucción de Cartago) y de dos personajes tan importantes como enigmáticos (Aníbal y Escipión). Todo en este relato encaja de manera perfecta.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Aníbal](#)

[Mapa](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I. Cartago](#)

[Capítulo II. Mercenarios](#)

[Capítulo III. Iberia](#)

[Capítulo IV. El mando](#)

[Capítulo V. Guerra](#)

[Capítulo VI. Marcha](#)

[Capítulo VII. Italia](#)

[Capítulo VIII. Dilación](#)

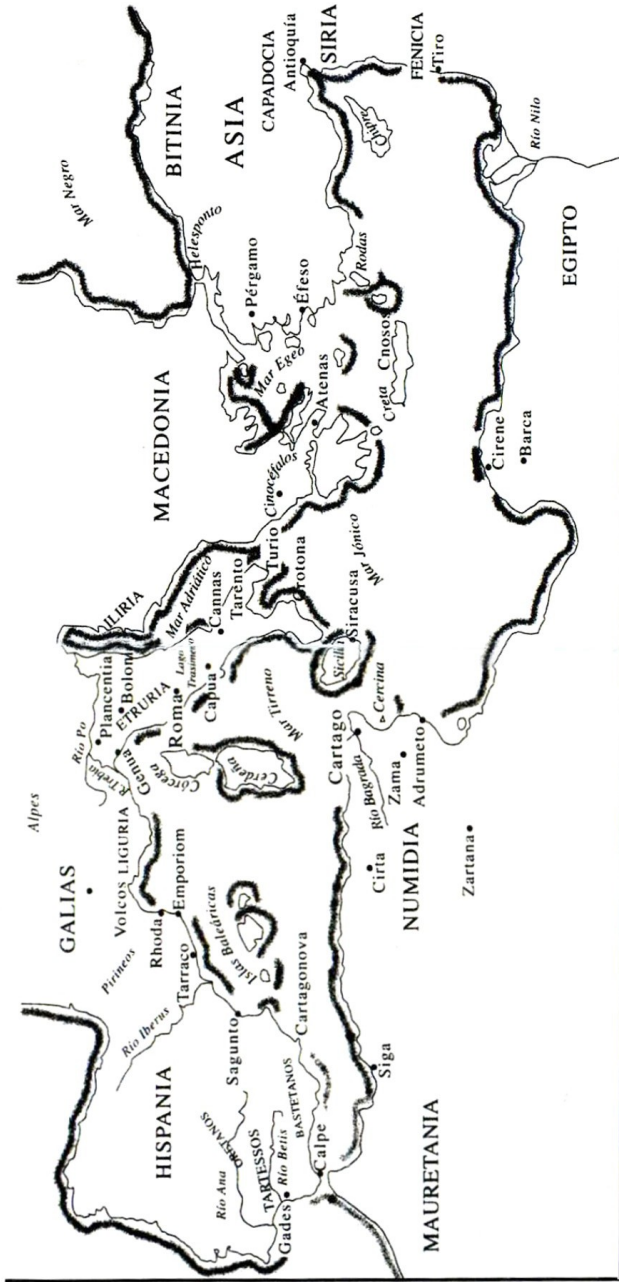
[Capítulo IX. Derrota](#)

[Capítulo X. Muerte](#)

[Epílogo](#)

[Apología](#)

EL MUNDO DE ANÍBAL



Para Sophia

- “ *Nullus amor populis nec foedera sunt...*
Litara litoribus contraria, fluctibus undas
Imprecor arma armis: pugnent ipsique nepotesque.
- “ *¡Entre ambos pueblos, ni amistad ni pacto!*
Así lo dictamino: ¡mar contra mar y playa
contra playa, legión contra legión,
en pugna eterna, padres, hijos y nietos
de los nietos!”.
Virgilio, Eneida IV, 624 ss.
(Maldición de Dido, reina de Cartago,
contra los romanos)
- “ *Bellum máximo omnium memorabile*
quae unquam gesta sunt...
Hannibale duce carthaginenses cum
populo Romano gessere.
- “ *La guerra que sostuvo Cartago contra*
Roma
bajo el liderazgo de Aníbal...
es la más memorable de todas las guerras
que se han librado hasta ahora”.
Tito Livio, Ab urbe condita, XXI. 1

PRÓLOGO

Ahora soy viejo y el tiempo de mi pueblo pasó. La estirpe de los Barca no seguirá combatiendo contra los odiados romanos. El paraíso de Mitra alberga a los que he amado, almas que no se han abrasado en el río de la Prueba. Pronto me reuniré con ellas.

Los cuervos y los buitres se ciernen sobre Cartago. Vislumbro su fin. Nuestras naves fueron hundidas o apresadas hace tiempo. Sus remos de roble de Bashan y de los Asuritas están rotos, ya no se oye su rítmico balanceo. Mi ejército está disperso. Yo me hallo lejos.

Desnudo estoy, a causa del calor, en aposento ajeno, en tierra extranjera, solo. Han enviado a buscarme. No he querido huir y no tardarán en llegar. Muy arduo y peligroso les parece esperar la muerte de un anciano. Se me agarrota el cuerpo. Palpitan las heridas. Soy como el roble viejo y seco que se yergue solitario en medio de un campo y contra el que el ganado se ha restregado demasiado tiempo. A pesar de todo, contaré mi historia y acabaré. Veo mi cuerpo y sus muchas cicatrices. Todas delante. Los romanos jamás me apresarán.

1

CARTAGO

Los recuerdos de los niños son profundos y extraños. El hombre adulto debe esforzarse por atravesar el pasado para llegar hasta ellos y descubrirlos. Es mejor recordar en vida porque si no lo haces tendrás que hacerlo a la hora de la muerte... o después. Lo he visto muchas veces, porque he visto muchas muertes. Mi amigo Mahárbal tardó tres semanas en morir, cuando una espada le atravesó el estómago. Estábamos en el corazón de la Campania, en las montañas, cuando nos sorprendió una patrulla romana. Solo yo estuve a su lado al final. Nadie más podía soportar el hedor de la putrefacción de sus entrañas. En la agonía de la muerte, se puso a revivir nuestra infancia en Hispania, y me llamaba a gritos, igual que cuando hacíamos galopar a nuestros caballos por las playas de Gadir. Rememoró muchas cosas durante aquella última noche. Después, al amanecer, entregó su espíritu, pero lo hizo en paz.

Tanit-pené-Baal, el dios de los sueños y de la muerte, así lo ha dispuesto. Primero tenemos que cruzar el río de la Prueba y después el río del Olvido —Ashroket en lengua púnica—, y rememorar toda nuestra vida, para que el espíritu pueda ser libre. Si no lo hacemos así, vagaremos por toda la eternidad junto a las almas en pena, por una de las orillas del Ashroket. Allí se levanta un olmo gigante con ramas que se abren como brazos, cargadas de años. En él moran las almas en pena, que con anhelo extienden los

brazos hacia la otra orilla, y son tan numerosas como las hojas del bosque que caen bajo el frío del otoño.

Ha llegado el momento de prepararme para cruzar sus aguas. Yo, que siempre fui un luchador, me inclino ahora ante el dios. Es mi hora, la hora de los miles que murieron por mi causa y ahora esperan que yo rinda cuentas de sus recuerdos, para que también ellos puedan pasar al otro lado en paz.

Hay mucha sangre... Sangre y odio.

* * *

Yo debía de tener tres o cuatro años. Me hallaba en el patio de nuestra casa de Cartago, jugando a las canicas. Conmigo estaba Magón, mi hermano. Las palmeras se mecían con la brisa. De pronto, llenó el aire el bramido del corynx, la trompeta de guerra cartaginesa. Llegó corriendo mi madre, que estaba embarazada.

—Venid, hijos, deprisa. Vuestro padre os llama.

La seguimos hasta la sala de mi padre, que se levantaba sobre una terraza escalonada y asentada en robustos cimientos. En sus paredes de bronce había incrustados diamantes, berilos, rubíes de las tres clases, zafiros de cuatro, esmeraldas de doce, topacios del monte Zabacra, ópalos de Bactriana y glossopetrae caídas de la luna. Nunca hasta entonces había cruzado sus puertas escarlata cuarteadas por una cruz negra, ni sus rejas de oro batido que impedían la entrada a los escorpiones.

En el interior reinaba el silencio, a pesar de que la sala estaba llena de gente. Además de cartagineses, vi ligures, baleáricos, negros, númidas, lusitanos, cántabros, capadocios, lidios, celtíberos, dorios... hombres de todos los rincones de la tierra, porque con todos hemos tratado siempre. Nos abrieron paso. Al fondo de la sala, de pie en un estrado, estaba Amílcar, mi padre, cansado y sucio del viaje. El

sudor había dibujado líneas en el polvo gris que cubría su rostro.

Frente a mi padre había un hombre, extraño tanto por el color de su piel como por su vestimenta.

—Yo te pregunto, Marco Atilio Régulo, ¿qué clemencia puedes esperar de nosotros? ¡Contesta!

La respuesta del hombre se oyó con claridad en medio del silencio.

—Yo te contesto, Amílcar Barca, lo que te contestarían muchos que son más grandes de lo que tú puedas llegar a ser: Summa sedes non capit dúos. Haz conmigo lo que debas hacer.

Entonces no entendí aquellas palabras en latín. No fue hasta algún tiempo después que Sueno de Calacte, mi preceptor, me explicaría su significado: «Al poder supremo no pueden llegar dos», palabras que temo que, hoy más que nunca, inspiran la política de Roma. Sonríó al recordar cómo devolví las palabras de Régulo en especie, con el grito de guerra Hannibal adportas, «Aníbal está ante vuestras puertas»; un grito que llenaría el pensamiento de los romanos durante los muchos años en que los hice danzar a mi antojo.

Pero sí entendí el rugido de cólera que provocó en la sala la respuesta de aquel hombre. Mi padre se mantuvo impertérrito. Levantó las manos para pedir silencio.

—Cartagineses, aliados, amigos, ya habéis oído a este hombre. Ya conocéis a Régulo, el cónsul romano al que derrotamos y capturamos hace diez años, cuando invadió nuestras tierras de África.

Quizá debimos crucificarlo entonces. Pero lo enviamos a Roma para que negociara la paz, con la condición de que regresara. Porque, ¿qué otra cosa hemos pedido siempre a los romanos, sino que nos dejen en paz, nosotros, que llegamos a los confines del mundo antes de que ellos fueran ni siquiera un pueblo? ¿Cuándo hemos buscado la guerra, sino cuando estas víboras, estos conquistadores y coloniza-

dores codiciosos, han perturbado nuestro comercio y se han apoderado de nuestras tierras?

Tres veces ha concertado Cartago solemnes tratados de paz con Roma. Tres veces los romanos han roto su palabra. Y nosotros nos rebelamos, como es nuestro deber.

Un murmullo de asentimiento y de indignación se alzó y extinguió, cual susurro de guijarros en la orilla cuando se retira la ola.

—A este hombre, Régulo, lo enviamos a Roma. ¿Y qué ha aconsejado a su Senado? ¡No la paz, sino más guerra! Sabed, pues, que la guerra es lo que tendrá. Yo, sufeta de Cartago, hablando en nombre del Consejo de Ancianos, digo: que se cumpla la costumbre.

Era lo que todos esperaban. Dos hombres se adelantaron y sujetaron a Régulo uno por cada brazo. Un tercero dio a mi padre un cuchillo de hoja corta y afilada, y volvió a Régulo de cara a nosotros. Con un rápido movimiento, mi padre asió la larga nariz del romano con el índice y el pulgar de la mano izquierda y la cortó con el cuchillo que empuñaba con la derecha. Régulo dio un alarido y cayó al suelo. El charco que se formó en el polvo fue la primera sangre romana que vi. No sentí nada.

A mi lado, Magón empezó a lloriquear. Mi madre lo asió por el pelo y le obligó a mirar.

Mi padre, Amílcar Barca, se arrodilló. Los dos hombres mantenían al romano contra el suelo.

Cuando mi padre empezó a extender el brazo, supe lo que iba a hacer. También yo cortaré lenguas años después. Los gritos del romano quedaron ahogados en su propia sangre. Mi padre se levantó y dijo:

—Enviadlo otra vez a Roma. Ahora ya no podrá pedir ni paz, ni guerra —y dicho esto, salió de la sala.

Mi madre nos envió a nuestra habitación. Magón lloraba. Yo me tendí en el lecho. No comprendía muy bien lo que había ocurrido. Pero intuía que no era necesario com-

prender. Se abrió la puerta. Entró mi padre, ahora ya aseado y con ropa limpia. Me incorporé rápidamente.

—Aníbal, Magón —dijo muy serio—. Aún sois jóvenes, pero nunca es pronto para aprender lo que habéis aprendido hoy. Entra, Hamilax.

Hamilax era el mayordomo de mi padre. ¿Cuánto hacía que servía a nuestra familia? Nunca lo supe, pero era muy viejo y tenía profundos pliegues en la cara.

—Hijos, hay muchas cosas que las palabras no pueden describir —dijo mi padre—. Lo que habéis visto hoy es una de estas cosas. Y ahora veréis otra. Hamilax, quítate la túnica.

Hamilax, de pie frente a nosotros, se despojó de la túnica. De cintura para arriba, tenía la piel rugosa y escarlata, como la superficie del mar cuando la riza el viento al ponerse el sol. Hamilax dio entonces media vuelta. La piel de su espalda hubiera estado exactamente igual, si no fuera por el gran número de cicatrices que el látigo había dejado en ella. Nosotros mirábamos en silencio.

—Gracias, Hamilax. Puedes irte —dijo mi padre. Vi que el mayordomo hacía una mueca de dolor al arrodillarse para recoger la túnica. Vi también que se le transparentaban las costillas.

—Eso se lo hicieron los romanos. —Mi padre se sentó en mi cama—. Hamilax sirvió a Asdrúbal, mi padre, antes que a mí, y fue capturado en la gran batalla naval de Milas. Mi padre les propuso un canje: diez de los suyos por Hamilax. Ellos aceptaron. Cuando llegó a Cartago el barco que lo traía, yo estaba en el puerto, con mi padre, esperando. Pero no veíamos a Hamilax en cubierta. Lo desembarcaron en una litera.

»Quiero que entendáis esto: los romanos lo liberaron, sí, pero antes lo desollaron con arena candente. Tardamos semanas en saber si viviría. Entonces aprendí cuál es el valor de las promesas romanas. Lo que habéis visto con Régulo, bien hecho está. Los dioses así lo exigen. No lo olvidéis.

—Y, sin dejar de mirarnos, se levantó y salió de la habitación. Solo se oía el chirriar de la noria que llevaba el agua a todo el palacio, girando sin cesar.

Durante mi niñez, siempre me sentí solo, sobre todo porque mi padre estaba muy poco con nosotros. Siempre ausente, peleando contra los romanos en Sicilia. Venía cuando podía, quizá tres veces al año, se quedaba un día y una noche, en ocasiones un poco más. Pero ni siquiera entonces tenía tiempo. A nuestro palacio llegaban desconocidos en ricas literas, y se quedaban hasta muy tarde hablando con mi padre. Yo, que dormía en una habitación situada encima de la sala en la que se reunían, oía retazos de sus conversaciones, que versaban siempre sobre comercio y dinero. Uno al que llamaban Ciscón solía alzar mucho la voz.

—Dejemos Sicilia a los romanos, sí, y también Cerdeña. Lo único que necesitamos es libertad para comerciar, como hacían los padres de los padres de nuestros padres. Vayamos hacia el sur, hacia África.

—¿Y crees que los romanos se conformarán con Sicilia?
—dijo mi padre en tono burlón—. ¿Qué pasará con Hispania y con las minas que tenemos allí?

—Que se queden con ellas. Mientras tengamos África...

Y así continuaban hasta que el sueño vencía mi inquietud en un sueño inquieto.

* * *

Durante una de aquellas visitas —¿cuántos años tendría yo, cuatro, quizá cinco?— mi padre me despertó. Los caballos de Eshmún, en su recinto sagrado, relinchaban presintiendo el alba.

—Levántate, Aníbal. —Aun medio dormido, respondí de inmediato a su orden. Me levanté tiritando, y me puse la túnica y tas sandalias—. Ven conmigo.

Seguí a mi padre por la casa dormida. Cruzamos las grandes puertas con marcos de pórfido y bajamos la esca-

lera de ébano, que tenía la proa de una galera vencida colgada en la pared del extremo de cada escalón. Recorrimos la avenida por el camino principal, de arena negra y coral triturado. Las dobles hileras de altos cipreses se mecían suavemente con la brisa. Cruzamos el jardín y los huertos de higueras y granados, de matas de algodón moteadas de blanco, de viñas y rosales, y dejamos atrás los estanques de los peces y los grandes fosos en los que los elefantes, al olfatearnos, se movían inquietos.

La muralla, la gran muralla de Cartago, que me estaba vedada, se alzó ante nosotros en la oscuridad. Yo sabía ya por Sileno que era una maravilla del mundo. Era de piedra labrada, medía treinta codos de alto por veinte de espesor, y discurría en torno a Cartago a lo largo de veintidós mil pasos. Tenía la muralla dos pisos de altura y en su interior había, en la parte de abajo, establos para trescientos elefantes y almacenes para gualdrapas, arreos y forraje, y, en la parte de arriba, cuadras para cuatro mil caballos, con sus arneses y pertrechos, y alojamiento para veinte mil infantes y cuatro mil jinetes. Una ciudad dentro de otra ciudad, de la que se elevaban torres de robustas almenas protegidas por gigantescos escudos de bronce. Mis criados decían que era obra de nuestro dios Baal, pero yo sabía que la habían hecho los hombres.

Mi padre extendió la mano, palpó las grandes piedras lisas e hizo presión. Una de ellas giró, sobresaltándome. Entró en la muralla. Lo seguí. Entonces se volvió y empujó la piedra, cerrando la muralla a nuestras espaldas.

—Esta entrada, Aníbal, solo la conocemos Hamilax y yo. No hablarás de ella con nadie. —Lo seguí en la oscuridad, como lo seguiría a través de una oscuridad mucho mayor que vendría después.

Mi padre empujó otra piedra y subió a lo alto de la muralla. Subí tras él. Ningún centinela nos dio el alto. Estábamos en un tramo defendido por el mar, inexpugnable.

—Te he traído, Aníbal, para que observes y aprendas. Ahora calla y mira.

Una luz anaranjada asomaba por levante. La espuma orlaba de blanco la península y el mar estaba en calma. Ladraban los perros. Cantaban los pájaros. La luz aumentaba lentamente y, abajo en la ciudad, el agua empezaba a correr por los canales de Megara, serpenteando entre el verdor de jardines y huertos. Las casas surgían de la oscuridad, perfilándose en las calles vacías que se alargaban. En los tejados, los depósitos de agua brillaban como estrellas al recibir la primera luz del sol. El faro del peñón de Hernias palidecía. Baal Anión derramaba sobre Cartago la lluvia de oro de sus venas.

Veía ya, al pie de la muralla, el terraplén de turba y, más allá, una zanja profunda, ancha y oscura. A la sombra del terraplén, se extendía Malqua, el barrio de los marineros y los tintoreros, un lugar lleno de suciedad y feas casuchas. Cerca de allí vivían los sin nombre, gente sin sangre púnica, de razas y orígenes desconocidos, comedores de puercos espines y moluscos, hienas y serpientes.

Moraban en chozas de algas y barro, colgadas de las rocas como nidos. Así vivían, sin gobierno ni religión, al margen, desnudos, desnutridos y salvajes, desde tiempo inmemorial.

Me volví para mirar la ciudad que estaba dentro de la muralla sobre la que me encontraba. Las casas en forma de cubo se elevaban escalonadamente hacia la Acrópolis. Aquí y allá se abría una plaza.

Los jardines de los templos rompían con su verdor aquella gris uniformidad. Relucieron al sol las tejas doradas del templo de Ramón, y después se encendió el coral de las de Melkar. Miré hacia lo alto de la Acrópolis, en el centro de Birsá. Crecía la luz sobre sus cúpulas de bronce y capiteles de cobre, sobre sus cornisas de blanco mármol de Paros, obeliscos de franjas azules y contrafuertes babilóni-